

NOÉ EXPÓSITO ROPERO, *La ética de Ortega y Gasset. Del deber al imperativo biográfico*, UNED, Madrid, 2021, 353 pp. Prólogo de Javier San Martín.

Marcela VENEBRA MUÑOZ
Universidad Autónoma del Estado de México
mvenebra@uaemex.mx

El libro de Noé Expósito Roperero tiene la primera virtud de despejar la bruma en torno al tema de Ortega, es decir, a Ortega como tema filosófico, más allá o más acá de la carga histórico-política que pesa sobre el filósofo madrileño en su persona y, por lamentable extensión, en su filosofía. El autor de *La ética de Ortega y Gasset* elabora en este libro la vía para una re-lectura de la ética orteguiana: urde este nuevo camino hacia Ortega en un ensayo que se define en sus objetivos, sus motivaciones y, en este caso, en sus dificultades. Los objetivos de este trabajo son en verdad parte del problema que tratan, pues la re-lectura –casi renovación de la lectura de la ética orteguiana– que el libro propone, debe hacerse en clave fenomenológica, debe ser así, precisamente porque la meta más amplia de este ejercicio es traer a Ortega, la obra de Ortega, a la mesa de un debate filosófico que le confronte en un diálogo sin prejuicios. ¿No parece posible releer a Ortega desde él mismo sin el filtro de su apropiación y determinación histórica? Todo apunta a que restarle a Ortega el brillo y fondo filosófico de su pensamiento es condenarlo, como señala el autor, a la “cita literaria fácil” (p. 26), o de ocasión. La ordenación de las lecturas o apropiación histórica que envuelve la contemporaneidad del pensamiento de Ortega es una tarea casi arqueológica que Noé Expósito emprende más bien con la precisión conceptual y distintiva de la propia fenomenología. La intención de este desensamblaje de la niebla sobre Ortega es mucho más que el repaso erudito de toda una tradición (que abarca más o menos tres generaciones desde Julián Marías hasta José Lasaga) de cultivo del pensamiento orteguiano, y tampoco se orienta por la intención doxográfica o archivística, sino que pretende –y lo logra– resituar, por un lado, el aparato crítico de la ética orteguiana en la teoría del valor y, por otro, traer a la luz los motivos y prejuicios del desenfado incomprensivo (e incomprensible) que ha generado Ortega en propios y extraños, o, mejor, en extraños a través de los que le fueron propios, como Julián Marías, principal

divulgador de una filosofía orteguiana superadora de la fenomenología. Por otro lado, pero derivado de este primer objetivo, está la necesidad de ordenar las direcciones más amplias de estas interpretaciones, lo que implica ya situar a Ortega en un escenario filosófico (estricto) y no meramente historiográfico. En cuanto a sus dificultades, podemos decir que el mayor, pero también el más urgente de los escollos que enfrenta el libro de Noé Expósito en este proceso (la ordenación de las reflexiones orteguianas) es esto que podríamos llamar el conflicto o entrecruzamiento de interpretaciones y lecturas filtradas, sobreleídas o escasamente informadas (por motivos visiblemente históricos) de la obra del filósofo madrileño. Podría decirse, y en este punto afluye más de una de las líneas críticas del libro, que el mayor o primero de los tamices de la interpretación orteguiana, en diferentes niveles, es Heidegger. Heidegger está, primero, en el fondo interpretativo de Ortega sobre la fenomenología husserliana, en su giro ‘negacionista’ de 1929, pero también, o más tarde, es la hermenéutica de la facticidad el telón de fondo para la recepción de Ortega por la generación del último tercio del siglo XX y de principios del XXI. El primer movimiento interpretativo fue el imperante luego de la desbandada de 1913 y, desde luego, a partir de la publicación de *Ser y tiempo*. En este sentido Noé Expósito nos dice con valentía lo sabido a voces, que durante décadas se ha leído a Husserl a través de Heidegger, como a Ortega a través de Scheler. En esta trama de sesgos y naturales incomprendiones, Noé Expósito encuentra una salida en la vuelta al principio, esta es la declaratoria de su motivación teórica: “quiero leer a Ortega desde el principio”. Esto implica no solamente la inversión cronológica de los momentos de la filosofía orteguiana, sino la restitución del principio metodológico, esto es, el principio de todos los principios, la vuelta a las cosas mismas a través de la intuición fenomenológicamente depurada. Esa metafórica ‘depuración’ justifica la deconstrucción que el autor lleva a cabo de las capas interpretativas (o históricas) bajo las que la filosofía de Ortega ha quedado más bien soterrada.

Podría decirse que Noé Expósito aplica a la fenomenología de Ortega la fenomenología husserliana, y se corona aquí el orden de la lectura que el autor propone desde una posición que le es propia, pero que repite el gesto de San Martín en más de un momento y sobre el que claramente se ha trazado ya (con este libro) la línea de una escuela, u orientación lectiva. Ese gesto consiste más que nada en pensar con el autor, y casi siempre eso implica momentos de contravención, y casi siempre esos momentos son medulares en la más honda comprensión de Husserl, Ortega o Fink. Noé Expósito hace en este libro gala de esa orientación vocacional, filosófica, reiterando (o iterando) el

movimiento que instaura primero el método: Husserl, Ortega, San Martín: se trata de ir a las cosas mismas, de reconducir los problemas de Ortega (el estatus ontológico del valor) a sus fuentes en la intuición. Antes del análisis filosófico que Javier San Martín lleva a cabo sobre los textos orteguianos el provecho tan problemático como filosófico del pensamiento del madrileño ha permanecido –más o menos– empantanado; tal estancamiento de los estudios orteguianos, por lo menos en el terreno de la ética, afirma Expósito Roper, exige no solamente una alternativa o conciliación hermenéutica, sino que demanda una “reformulación conceptual” (p. 163) concretamente sobre el “imperativo vital”. En este concepto sitúa el autor el pivote de la ética orteguiana y el *axis* en el que confluyen las ambigüedades que atañen a los conceptos matriciales de la misma: ‘vida’ y ‘valor’. Su primera tarea es desmenuzar el concepto de vida hasta reconducirlo al de vida biográfica; lo que sigue es la clarificación del concepto de valor. Este es un ejercicio en el que el autor se propone pensar “con” Ortega y sin concesiones, reconociendo la raíz de estas oscuridades ‘radicales’ en las oposiciones continuas entre un Ortega implícito y otro explícito. El primero es el que Noé Expósito trata de exprimir de las líneas introductorias de *Pidiendo un Goethe desde dentro*, donde exhibe esta suerte de agónica tensión entre las dimensiones objetiva y subjetiva de los valores que el filósofo madrileño trata de resolver en un imperativo subjetivo concreto que, sin recaer en un formalismo que seque el pozo de la vida, pueda integrar la objetividad de los valores, esto es, su encarnación en la realidad. Noé Expósito consigue extraer el concepto de objetividad que engrana aquí la tensión objetivo-subjetiva de la teoría del valor. No basta el reconocimiento y la exposición clarificante de los valores desde la esfera subjetiva de su realidad, hay una objetividad que pesa circunstancialmente siempre o, bien, “un imperativo del objeto hacia nosotros”. La tensión que pervive entre la dimensión objetiva y subjetiva del valor encuentra en el análisis de este libro su salida a través de la ética husserliana, pero este logro es en realidad el puente que la lectura de Noé Expósito tiende hacia una tercera parte de este trabajo, apoyado en las herramientas interpretativas de Manuel Granell (*La vecindad humana. Fundamentación de la Ethología*, 1969) y Javier San Martín.

A través del concepto de vocación vital Noé Expósito rotura su propio camino en la ética orteguiana, básicamente ‘estrenando’ entre las lecturas de Ortega el concepto de “imperativo biográfico” como un nuevo factor de la ética de Ortega desde una filosofía del valor, calibrada en un marco axiológico de cepa eminentemente fenomenológica y husserliana. El concepto de vocación se muestra en cierto momento como un nudo, el centro en que desemboca

Ortega en Husserl, en esta suerte de ‘cristalización’, concreción espiritual de la persona (concepto cuya problemática inherente Noé Expósito no esquiva) en el llamado, en la vocación como imperativo vital y como motivo filosófico fundamental, es decir, de la ‘situación’ del filósofo como ‘vocado’, ‘llamado’, ‘funcionario’ de una «auténtica humanidad».

La base del análisis husserliano, o el punto preciso en el que la fenomenología trascendental (eidética) y la filosofía orteguiana sueldan queda en suspenso o programada para una futura edición; en este primer volumen sólo se incluyen las dos primeras partes de una investigación que concluye, en un tercer momento, en el más detenido desarrollo de la ética husserliana, en relación con la ética de Ortega, fundada en la teoría general del valor o la estimativa. Los 9 capítulos que conforman el libro se ordenan unitariamente como un ensayo que no permite una lectura fragmentaria, o al menos no tan provechosa para un primer acercamiento. En el primer capítulo el autor ordena el marco crítico o aparato metodológico del que se valdrá en adelante en la confrontación y contrastación de las lecturas orteguianas. El concepto y la posición de la filosofía primera juegan un papel fundamental en esta primera parte, pues permitirá comprender la función de la estimativa, esto es, en relación con la determinación ontológica del valor. El segundo capítulo sistematiza el marco de acogida de la fenomenología de Ortega en la etapa de su primera navegación; el capítulo tres se ocupa del problema del ordenamiento cronológico del estudio (global) de la obra orteguiana, frente a la estructura interpretativa de la tradición promovida sobre todo por Aranguren (1958), quien instaura, más que contenidos de interpretación definidos, un orden de prioridades en el estudio de Ortega, que descansa sobre la antropología orteguiana o su metafísica de la vida humana. En el segundo apartado del tercer capítulo del libro, Noé Expósito introduce el concepto de ‘vocación’ como una variable que complica el seguimiento de la ecuación antropológica de Aranguren, lo que le permite pasar, a través del concepto de *ethos*, a las lecturas éticas de Ortega, siendo la figurativa la primera y principal, o en la que se inserta el principio de la estimativa orteguiana en el concepto de vocación. El Capítulo 4 está dedicado al análisis central de la moral del héroe según Pedro Cerezo, y el 5, que podría pensarse como el nudo estructural del trabajo, está dedicado a la clarificación de la función o la necesidad del imperativo biográfico como elemento movilizante y en sí mismo ‘reformador’ de la ética orteguiana. Este capítulo funciona como toda una justificación de la lectura husserliana, engarza los propósitos metodológicos de la fenomenología con las oscuridades de Ortega (auto-conocidas, condición que hace de todo esto un

problema profundamente filosófico) en un movimiento que divide a Ortega en dos y lo pone contra él mismo. Los capítulos seis a ocho vuelven sobre la problemática hermenéutica y el desensamblaje de los sesgos ya historicistas, ya subjetivistas, que median la ética de Ortega. El capítulo 9, finalmente, establece las bases de la estimativa orteguiana desde el núcleo conceptual problematizado en el cuerpo del texto, es decir, desde la mirada renovada de la relectura, lo que deja al lector, y al estudioso de Ortega, la ordenación de las lecturas, direcciones interpretativas, pero, sobre todo, supuestos que es necesario considerar a la hora de pronunciarse en torno a la filosofía práctica orteguiana. Este capítulo de cierre es la pista para el despegue de la tercera fase del estudio de Noé Expósito, de despegue, en esta tosca metáfora, porque sin duda su lectura se desprende ya de la tradición que le precede e inaugura –en las alturas– su propio camino, su propio método frente a Ortega y con Ortega, siendo esto último lo primero en orden de importancia.

Una de las razones que más animan la lectura de *La ética de Ortega y Gasset* es que no se trata de Otro libro sobre Ortega en el sentido monográfico esperable, en un horizonte en el que los estudios archivísticos y doxográficos se imponen, sin duda, por su apremiante necesidad; precisamente ante tal paisaje (en su justicia declarada) un estudio como este es una bocanada de aire fresco o, quizás, un torbellino incómodo que arrasa a su paso con un orden de cosas conocido, un orden, quizás, todavía no recuperado del primer temblor de tierra que representa *La fenomenología de Ortega y Gasset* (2012) de Javier San Martín. Si la obra de San Martín exhibe la transparente envoltura de la fenomenología de Ortega, Noé Expósito viene a escena a afirmar que, de hecho, no reconocer la fenomenología de Ortega es echar tierra a una sepultura largamente cavada en los márgenes de la filosofía contemporánea. Este último, ese sepulcro, es uno de los más negros hallazgos del libro de Noé Expósito, sus propias confusiones explícitas dejaron a Ortega fuera del escenario filosófico contemporáneo, así de la estética (p. 22), por ejemplo, tanto como de la ética, y básicamente por la misma razón, un formalismo adosado a sus expresiones más largas y enfáticas sobre la fenomenología trascendental. El único medio de salvar a Ortega de sí mismo, en el punto más rico de sus propios logros, es la fenomenología. Esto es, sobre todo, lo que representa la intención de Expósito de sacar todas las consecuencias de la impronta de San Martín: “la filosofía de Ortega es la fenomenología”.

Noé Expósito es, en este libro, un filósofo en el mundo (en el ‘ágora’ – como lo dice el propio Ortega en su *Kant, Dilthey, Hegel*– de las generaciones),

debatendo francamente con otros filósofos, de tal modo que el repaso de la filosofía española que se cierne en este libro no ocupa su espacio con menciones al vuelo o en vano comprometidas. Cada generación en el orden de esta retícula hermenéutica está implicada, tiene una responsabilidad –no menor que la del propio Ortega– en la incompreensión de su pensamiento, lo que, hay que decirlo como lo dice el autor, le ha costado caro a la Universidad española, básicamente lo ha pagado con la ausencia de Ortega de sus aulas y cátedras. Y esta responsabilidad es tratada sin ambages en la lectura de los autores que en cada generación volvieron sobre la obra de Ortega: Julián Marías, cuyos prejuicios sobre la fenomenología lastraron a las generaciones siguientes; José Luis Aranguren, cuyo sesgo scheleriano secaría la fuente principal de la ética orteguiana, la teoría del valor; Pedro Cerezo, que si bien pudo ampliar la teoría del valor ya vislumbrada por él en sus límites, no contaba con las herramientas fenomenológicas que habrían sido necesarias para sacar el jugo de esa veta. El diálogo con José Lasaga es intenso y poco frecuente en la filosofía contemporánea en español. Si bien el autor reconoce el valor de la recuperación de la vocación para la comprensión de la ética orteguiana, no le concede el marco sin sustento de una estimativa sesgada en el formalismo de un yo atrincherado en la figura del héroe. Jorge Brioso y Jesús M. Díaz Álvarez son otros polémicos interlocutores de Noé Expósito; si bien cede respecto de los énfasis o “preponderancias” historicistas de Ortega, descarta que Ortega quede encerrado en un historicismo de tintes cercanos al neokantismo. El recorrido de Noé Expósito por las fuentes, y esto es otro mérito de su libro, no es revisionista sino en verdad dialógico. Noé Expósito encuentra, en medio de toda esta corriente que podríamos llamar ‘asuntiva’ de Ortega, notables excepciones como la de Sánchez Cámara (ignorado por sus contemporáneos) y, desde luego, la de Manuel Granell y su valiosa recuperación del concepto orteguiano de “sensibilidad vital” (p. 157).

Las motivaciones del autor, última línea estructural de este libro, coinciden con lo que podría ser la primera inquietud justificada de su lectura, el empantanamiento contemporáneo de la filosofía orteguiana más allá de la fenomenología. Desde luego, no se trata de hacer de Ortega fenomenólogo a copia y calca; el mayor interés del libro aquí reseñado es que reconduce los problemas filosóficos del pensamiento orteguiano con las herramientas metodológicas de la fenomenología, de tal modo que permite ver la originalidad orteguiana de su apropiación de Husserl. Ortega no repite a Husserl, lleva el método fenomenológico a la observación y el análisis de la vida y de la actitud natural. Piezas como la “Estética en el tranvía” o “Unas gotas de fenomenología”

(entre todo lo que Noé Expósito muestra) revelan su valor filosófico profundo al ojo fenomenológicamente entrenado. Ver los problemas filosóficos con Ortega implica reconocer la unidad de un pensamiento no libre de sus propias borrascas, pero sí filosóficamente coherente en el fondo, una apropiación de la fenomenología radical, incluso más allá de lo que el propio Ortega hubiese querido para sí, o para la lectura de su propia obra (pero Ortega en su persona no importa, importan los problemas, las ideas, que son siempre más fuertes que los poderes humanos). El lector de *La ética de Ortega y Gasset* encontrará en este libro la posibilidad de una segunda navegación en Ortega, que será en verdad la primera, al ser la que le reconduce a sus principios.